



PEACE BRIGADES INTERNATIONAL PROYECTO COLOMBIA

CUADERNO 8: REPERCUSIONES DEL DESPLAZAMIENTO FORZADO.

Estimados/as amigos/as:

El objetivo central de este cuaderno, aparte de completar la visión sobre el desplazamiento como estrategia de guerra desarrollado en el Cuaderno 3, es conocer las repercusiones psicosociales tanto en las personas como en las comunidades para entender mejor las dificultades a que se enfrentan y las luchas que realizan.

Igualmente, es necesario conocer el impacto psicosocial para plantearnos formas de acompañamiento emocional.

Para ello, os presentamos unos documentos de lectura básicos y otros recursos materiales de consulta sugeridos, que ayuden en este proceso de acercamiento.

Como siempre, cualquier sugerencia sobre este Cuaderno es bienvenida

LECTURAS BÁSICAS

- **Los desplazados internos: obligados a huir en su propio país.** En *Relatos e imágenes. El desplazamiento en Colombia*. Diego Pérez y otros,. Ed. Cinep, Bogotá, 1997.
- **Un acontecimiento central que cambió la identidad.** En *Relatos e imágenes. El desplazamiento en Colombia*. Diego Pérez y otros,. Ed. Cinep, Bogotá, 1997
- **Los usos del miedo como estrategia de terror.** En *Desplazamiento forzado en Colombia. El miedo: un eje transversal del éxodo y de la lucha por la ciudadanía*. Marta Inés Villa, Rev. Controversia, 187. Bogotá, Junio, 2007
- **Salud mental comunitaria.** En *Enfoque psicosocial de la ayuda humanitaria*. Carlos M. Beristain y Giorgia Donà. Ed. Universidad de Deusto, Bilbao, 1997

LECTURAS COMPLEMENTARIAS

- Paramilitarismo y desplazamiento de población. Alfredo Molano.
- El desplazamiento forzado interno en Colombia. Derecho y Desplazamiento, Junio/2006
- Hacia una política proactiva para la población desplazada. SJR, Mayo/2006

ACTIVIDAD PROPUESTA:

- Análisis de caso

OTRAS LECTURAS EN ESTE CD

- Más informes en la sección “Desplazamiento forzado” en los Documentos

OBSERVACIÓN importante: Recordar que las lecturas presentadas en este Cuadernos, como las de los demás Cuadernos, no están elegidas por su “actualidad”, sino por su contenido más ajustado al objetivo que se busca. Para información actualizada puedes consultar las Noticias y los Documentos de la web.

LOS DESPLAZADOS INTERNOS: OBLIGADOS A HUIR DENTRO DE SU PROPIO PAÍS.

Millones de personas se han visto obligadas a dejar sus hogares ante amenazas a su vida o su libertad, pero no han cruzado una frontera internacional. Muchos están alojados en campos o asentamientos, otros viven en cualquier lugar donde pueden encontrar cobijo. Están desplazados dentro de su propio país, y no tienen ningún mecanismo jurídico internacional al que dirigirse en búsqueda de protección.

Estas personas suelen estar expuestas a nuevos abusos o ataques de las autoridades estatales y los grupos armados. Siguen viviendo en el Estado que no los protegió...

El desplazamiento forzado en Colombia, constituye una de las más graves violaciones a los derechos humanos, no sólo por la magnitud misma del problema sino porque previa a la situación de desplazamiento, las personas y las comunidades fueron objeto de asesinatos, masacres, torturas y amenazas de muerte. Durante el tiempo de huida las personas, en especial los ancianos, mujeres embarazadas y niños, padecieron grandes sufrimientos como hambres, enfermedades, deshidrataciones (algunos murieron en el camino antes de llegar a los lugares de asentamiento provisional); en los asentamientos provisionales, los desplazados fueron, una vez más, víctimas de violaciones de derechos fundamentales, de estigmatizaciones y discriminaciones y aún de persecuciones (varios de ellos y de los líderes fueron amenazados de muerte y asesinados en sus propios campamentos).

El desplazamiento forzado en Colombia conlleva una multiplicidad de violaciones de derechos fundamentales, de manera continuada y acumulativa.

Durante el año, el desplazamiento mantuvo sus características de individual-familiar con un comportamiento de "goteo" permanente, complementado con los éxodos en masa, en el que comunidades completas debieron abandonar sus lugares de origen. La constatación central es la de un fenómeno que aumentó este año en proporciones alarmantes:

Incremento de la población desplazada por año

Años	1985 - 1994	1995	1996	1997
Nº de Personas	586.261	89.510	181.010	250.000 *

Fuente: Estudios de la Conferencia Episcopal Colombiana y proyecciones del Sistema de Información de Hogares de Desplazados por Violencia, SISDES elaboradas por la Consultoría para el Desplazamiento, CODHES.

* El Dato para 1997 es una proyección hecha por Diego Pérez G. (CINEP) sobre la base de información regional que arrojó una cifra de 206.460 personas desplazadas pero que sólo incluye los desplazamientos masivos o familiares; no se tienen datos ciertos sobre los desplazamientos individuales.

El desplazamiento afectó a los individuos y a la colectividad. Los éxodos masivos afectaron a grupos étnicos, de manera particular, a comunidades negras e indígenas causando la destrucción del tejido social y de sus formas organizativas. En éste período el desplazamiento afectó también a importantes grupos de trabajadores y sectores sociales organizados como los educadores, los trabajadores de palma africana, pobladores urbanos, además del sector campesino que siguió siendo el grupo mayormente afectado. Las mujeres, ancianos y niños estuvieron expuestos a graves violaciones de sus derechos y no recibieron la debida protección especial, a la que tienen derecho, por parte del Estado.

Los desplazamientos se produjeron en diferentes contextos: de violaciones sistemáticas de derechos humanos, de desarrollo del conflicto armado interno, de procesos de acumulación violenta de capital, de procesos acelerados y forzosos de compra de tierras, de efectos de la globalización y megaproyectos de desarrollo, de conflictos sociales, laborales y urbanos.

En varias regiones éstos contextos se entrecruzan y superponen haciendo mucho más complejo el fenómeno. De esta forma, el desplazamiento obedeció no sólo a causas inmediatas sino también a causas subyacentes y estructurales. En cualquier caso, la violencia (contra las personas y comunidades) constituyó el instrumento fundamental para asegurar los distintos intereses (económicos políticos, sociales-culturales, geo-estratégicos).

Se combinaron también, en éste año, desplazamientos internos con éxodos de personas y grupos a los países fronterizos, hecho que fue recurrente. Este desplazamiento en la zona de frontera constituyó un *intento frustrado de refugio masivo* de colombianos en Panamá, ya que además de ser víctimas de atropellos fueron *devueltos* (repatriados) por el gobierno panameño y sin que existieran las condiciones para su retorno al país. Este aspecto constituyó un hecho de gran preocupación para las ONG y la Comunidad Internacional, especialmente para el ACNUR, a quien el gobierno panameño no le permitió acceder a los desplazados alegando que no se trataba de un caso de refugio sino de delincuentes y "subversivos" que buscaban escapar de la persecución de las autoridades colombianas.

La actitud del gobierno de Panamá constituye una violación de los compromisos adquiridos internacionalmente, como la Convención para los Refugiados, entre otros, además de la adopción de medidas de carácter policivo antes que humanitarias y de protección para la vida amenazada de estos colombianos. De acuerdo con las informaciones conocidas por ONG se han creado "grupos especiales de fuerza pública" en las zonas de frontera (en coordinación con el gobierno colombiano) y se establecieron una serie de controles especiales en estas áreas que limitan gravemente las garantías y derechos de los ciudadanos de uno y otro país.

El gobierno continuó en su tarea de "ajuste" a las políticas trazadas para la atención a la población desplazada. Se aprobó el documento Conpes 2924 de 1997, se diseñó y creó el Sistema Nacional de Atención Integral a la Población Desplazada por la Violencia y así como la Consejería Presidencial para la Atención Integral a la Población desplazada. En términos legislativos se sancionó la ley 387 de 1997 por la que se adoptan medidas para la atención y protección a la Población desplazada por violencia.

Pudo comprobarse, sin embargo, la distancia existente entre el diseño de las políticas y su implementación práctica. Las políticas creadas, así como la ley tienen como eje fundamental la asistencia humanitaria de emergencia y contempla pocos mecanismos para aspectos, tan sustanciales como la protección y la prevención de las causas del desplazamiento.

Hasta el momento, la política gubernamental de atención al fenómeno se ha caracterizado por su ineficiencia. No se observa un compromiso claro de las distintas entidades y de los funcionarios gubernamentales y estatales responsables de la ejecución del Sistema. Los resultados mostrados para el año 96 y primer semestre de 1997 (38.182 personas desplazadas fueron atendidas, en algún nivel, por el gobierno) no se compadece con los "andamiajes institucionales" diseñados. En repetidas Ocasiones, los desplazados hicieron conocer denuncias públicas sobre la insuficiencia, discontinuidad y poca calidad de la asistencia humanitaria de emergencia que recibieron.

La Comunidad Internacional manifestó una mayor preocupación por la situación del desplazamiento en el país. La Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para Derechos Humanos en Colombia colocó el tema en su agenda como tema permanente a observar; el ACNUR visitó varias veces el país a raíz de los colombianos desplazados a Panamá y realizó las consultas pertinentes para considerar el establecimiento de una Oficina en Colombia que pueda observar más de cerca

la situación de los refugiados y desplazados internos; la Unión Europea, dispuso de fondos para la ayuda humanitaria y para la reconstrucción de comunidades y grupos desarraigados.

Algunas agencias de cooperación han aumentado su presencia en el país a fin de hacer un seguimiento detallado del problema y trabajar en respuestas más integrales. La Consulta permanente para el Desplazamiento Interno en las Américas realizó su segunda Misión, de alto nivel, al país para evaluar el deterioro de la situación de desplazamiento y observar las políticas gubernamentales y puesta en práctica de las recomendaciones que la misma Consulta y otros organismos internacionales hicieron en años anteriores.

Finalmente, algunas de las comunidades desplazadas iniciaron procesos de negociación con el gobierno nacional para dar los pasos en torno al retorno o reubicación y soluciones duraderas del problema. Los desplazados mostraron grandes avances en sus procesos organizativos, en sus niveles de proposición, en su capacidad y decisión de resistencia y en su compromiso con la búsqueda de salidas negociadas al conflicto. Algunas de las comunidades desplazadas se declararon como "Comunidades de Paz" para manifestar su desacuerdo con la actual guerra y exigir el derecho que les asiste como población civil no combatiente a ser respetados.

La experiencia de los desplazados internos.

La guerra ha provocado éxodos importantes de refugiados y desplazados internos. Cuando la gente se desplaza las familias y grupos de referencia se separan. Los cambios en la estructura social pueden incluir desde la pérdida de servicios y formas tradicionales de organización, a la creación de nuevas formas de organización social forzadas por la situación.

En la fase anterior a la salida pueden predominar los problemas económicos, la disrupción social y familiar, la violencia física o la situación de opresión política. Muchas familias antes de salir sufren dificultades como resultado de la actividad

En la fase de salida, la separación y el peligro del trayecto pueden constituir las experiencias centrales.

En la fase de llegada predominan los problemas relativos a la acogida y el asentamiento provisional. El miedo o las amenazas, resolver las necesidades de alimentación y vestido, obtener otras formas de apoyo, etc. son problemas que los desplazados encuentran frecuentemente.

Las decisiones de vuelta a sus lugares de origen en el caso de los desplazados, son difíciles de tomar por la gente. Conllevan muchas veces conflictos familiares, entre quienes quieren retornar o no, se vuelven a producir separaciones. Se producen muchas veces en situaciones de conflicto, con lo que existen amenazas para la vida. Las expectativas de la gente pueden chocar con la realidad, la actitud de la población y darse problemas de identidad.

En las poblaciones desplazadas pueden darse cambios culturales como pérdida de símbolos, tradiciones, ritos e incluso el ocultamiento de su propia identidad. Indicadores sociales como los conflictos familiares o grupales, las dificultades escolares, las agresiones y el abuso de drogas o alcohol, pueden considerarse indicadores de comunidades en dificultad. Por otro lado, la presencia de rituales positivos son signos de afirmación de la identidad y bienestar comunitario.

Diferentes experiencias en las poblaciones afectadas.

Los niños y niñas.

Además de sufrir sus propias experiencias traumáticas, son especialmente sensibles a desorganización familiar y a los efectos de la guerra y represión política en sus padres.

Los niños huérfanos a causa de la guerra a veces tienen apatía, regresión, retiro, miedo. Muchos de los hijos de personas torturadas o desaparecidas han manifestado problemas afectivos, de apetito y sueño, retraso escolar y evasión de la realidad.

La experiencia de los niños en procesos de socialización bélica hace que su comportamiento esté determinado por la posesión de armas y el poder de amenazar a los demás.

En la experiencia del refugio, el miedo de los niños puede continuar incluso mucho tiempo después o aumentar cuando se habla del retorno. Sin embargo :

- con adecuado soporte social y familiar tiene menos problemas y síntomas a corto plazo, aun cuando se enfrentan a situaciones de alto estrés.
- no son sólo "víctimas inocentes", y en algunos países como Palestina, han encontrado también formas activas de afrontamiento y resistencia.

Adolescentes :

- según la gravedad del contexto, pueden manifestar distinta frecuencia de problemas como agresión, abuso de alcohol y suicidio.
- la construcción de su identidad se ve mediatizada por patrones colectivos de identificación o rechazo de la violencia.

Población adulta

Los patrones de distribución del trabajo, los eventos específicos o las capacidades de adaptación pueden hacer que se manifiesten distintos efectos en la población adulta. Los hombres pueden sufrir más la militarización o la crisis de su rol en la familia, pero tiene mayor reconocimiento y participación social.

Las mujeres están más expuestas a la violación, la sobrecarga de trabajo y afectiva, especialmente cuando tiene que hacerse cargo solas de la familia, y tener menos espacios para participar. Pero también la mujer en estas situaciones ha demostrado su mayor versatilidad, pudiendo enfrentar mejor las situaciones y con mayor capacidad de adaptación a las necesidades, compartiendo las experiencias y organizándose para enfrentar la situación.

Los ancianos.

Son físicamente menos hábiles, tiene en general menos capacidad de adaptación a situaciones nuevas y que cambian rápidamente, y para ellos puede ser más difícil vivir lejos de su hogar. La pérdida de familia y amigos puede afectarles más debido a su mayor dependencia respecto a la familia y comunidad para tener apoyo. Sin embargo, la posición social del anciano varía en distintas culturas y contextos sociales, por lo que las consecuencias pueden ir desde la marginación hasta la protección como autoridad y el aprendizaje de su experiencia vital.

Manejo de la experiencia y reconstrucción del proyecto vital.

Las personas no permanecen pasivas ante estas experiencias, sino que tienen distintas formas de verlas, entenderlas y afrontarlas. El acompañamiento debe entender, así como apoyar, el desarrollo de los recursos positivos de afrontamiento.

Algunos de estos recursos, respecto a cómo manejan las personas la experiencia, son :

- Establecer relaciones afectivas con otras personas:
- Comunicación con otros sobre la propia experiencia.
- Comunicación/confrontación con personas con otras ideas sobre los hechos (en el caso de que el espacio comunitario sea propicio).
- Búsqueda de apoyo emocional (frente al desánimo, miedo, ...)
- Ubicar la violencia en su contexto histórico:
- Reconocimiento objetivo de las causas y agentes de la violencia (base ideológica y de sentido comunitario de resistencia)
- Conocimiento de la realidad nacional e internacional.
- Divulgar la situación. Denunciar para que no se repita.
- Reconocer y compartir la experiencia (todos estamos "afectados"):
- Integrar estos aspectos en otros espacios comunitarios/grupales (no necesariamente de "salud mental")

- Ocultamiento pero no olvido.
- Reconocer y valorar los recursos y conocimientos de la comunidad.
- Ser conscientes de los problemas y necesidades que nos unen:
- Reevaluación de la experiencia (aspectos positivos y negativos)
- Análisis de los problemas y búsqueda conjunta de soluciones.
- Apoyo informativo: evaluar la situación de amenaza, información sobre sus derechos, buen manejo de la información en la comunidad.
- Aceptación activa de la propia responsabilidad/percepción de control que evita la impotencia:
- Revaloración de la persona y la propia identidad (persona/grupo)
- Revaloración como mujer y su papel social.
- Actividades distractoras y lúdicas.
- Reconocer, entender y valorar la propia historia. Memoria histórica:
- Sentido del "nosotros".
- Recuperación/construcción de tejidos sociales con finalidades específicas (en relación a necesidades sociales).
- Desarrollo de un superior nivel de organización comunitaria y social.

Apoyo social y redes sociales.

El apoyo social es muy importante para enfrentar los hechos traumáticos y situaciones difíciles, pero pueden existir dificultades para obtenerlo. Para las personas cercanas puede ser difícil escuchar, ya que compartir experiencias puede inducir un estado de ánimo negativo. Otras veces, las personas no saben qué decir, evitan hablar o esperan que la víctima tome la iniciativa. Las personas que han vivido experiencias similares pueden tener mayor capacidad de comprensión, pero también puede ser difícil apoyarse por tener distintos ritmos y estilos de duelo.

Sin embargo, en muchas situaciones de crisis las propias poblaciones afectadas desarrollan formas de apoyo mutuo tanto material como emocional.

Las formas de apoyo mutuo, la organización de la comunidad y la defensa de los derechos humanos constituyen formas colectivas de afrontar los problemas. Este apoyo social puede ser informativo, emocional, instrumental-material y de relaciones sociales. Incluso el sufrimiento puede convertirse en experiencias organizativas y formas de apoyo mutuo y reivindicación social, como las Asociaciones de Familiares de Desaparecidos. Estas experiencias constituyen formas colectivas de enfrentar las consecuencias de los hechos traumáticos, de reconstruir los tejidos sociales y muchas veces de luchar contra las causas del sufrimiento.

Reforzar el tejido social y apoyar las formas de apoyo mutuo entre la población es uno de los objetivos del acompañamiento.

Algunas claves par un enfoque comunitario.

- Identificar situaciones de riesgo. Personas con problemas psicológicos previos, familias que han perdido algún miembro, situaciones de grave separación familiar, personas que han sufrido directamente situaciones de violencia y que cuentan con menos experiencia, recursos personales o apoyo social.
- Atender a otros indicadores. Pueden no presentarse como problema de salud mental o como aumento de las demandas de asistencia. Escuchar lo que la gente dice en otros contextos sociales, dirigirse a líderes locales o personas que son referencia importante de la comunidad.
- Desarrollar estrategias de red. Por ejemplo, la formación de los maestros sobre aspectos relativos al trauma constituye una estrategia para mejorar el apoyo a los niños y niñas e identificar situaciones problemáticas.
- Estimular los factores positivos. Subrayar las estrategias positivas de afrontamiento ideológico, cultural y religioso que ya existen. No necesariamente tiene que focalizarse en el trauma, sino por ejemplo, sobre la historia de la comunidad o el trabajo sobre situaciones de conflicto.

UN ACONTECIMIENTO CENTRAL QUE CAMBIÓ LA IDENTIDAD.

"... vivíamos tranquilos, se podía dormir al descubierto y las únicas peleas eran las de los borrachos, pero nadie desaparecía. Nos ha gustado mucho la música con clarinetes, flautas, violas y acordeones, eso es típico de la región.; junto con el baile de La Jota, que lo bailan dos parejas. Los trabajos comunes los compartíamos..."

"Cómo quería la tierra de mi pueblo (Bijao) que era la patria grande donde trabajaba, donde el maíz brota todo el año por montones, ..."

Así, con la tranquilidad y los conflictos propios de toda interacción social convergían en este territorio pueblos indígenas Embera, Wounaan, Katio, Chami y Tule, comerciantes antioqueños, campesinos negros y chilapos. Unos, los campesinos y colonos, reivindicando el derecho a explotar la tierra; otros, los indígenas, alegando el respeto por la biodiversidad, el medio ambiente y sus resguardos y las comunidades negras exigiendo el reconocimiento de sus territorios ancestrales y de su cultura. Nótese desde ya, que cada uno de estos pueblos reivindica derechos legítimos pero que en su conjunto encierran importantes contradicciones, que a menudo otros actores (los armados, los políticos, los multinacionales) han explotado en su favor.

Pero desde abril de 1996 un "acontecimiento central", una sucesión de hechos violentos se apodera de estos pueblos transformando abruptamente su vida sedentaria (como es costumbre de las comunidades negras) para ponerlos en situación de desplazamiento. Este 'acontecimiento central' (constituido, en su primer momento, por los hechos violentos y en su segundo momento por el éxodo) significó la ruptura de los proyectos vitales de cada persona, cada familia, cada comunidad, cada pueblo. Las identidades -aún en proceso de formación- sufren una nueva transición marcadas por los efectos de desplazamiento. Ayer, campesino, colono, negro, indígena chocoano. Hoy, "Desplazado del Chocó".

La historia de Colombia en los últimos treinta años se ha caracterizado por la destrucción de las identidades colectivas por medio de la violencia. Esto implica destruir experiencias de una cohesión local, e impedir que se transmitan las formas de solidaridad social, de interés, de clase que pudieron existir anteriormente.

Sin pretender restarle toda la fuerza y trascendencia que tiene el argumento expuesto por Pecaut, que por lo demás comparto en su totalidad, quiero rescatar las vivencias de los propios desplazados en el sentido de que cuando se permite la memoria histórica, cuando se resiste al olvido, es posible recuperar parte de la cohesión social o recrear un nuevo proyecto solidario. Esto hace parte de las 'imágenes contradictorias', yo diría, dialécticas, que generan lo que he llamado el acontecimiento central. En la situación de desplazamiento (más específicamente, en los actuales campamentos) está haciendo tránsito una nueva identidad, se ha iniciado un proceso de recuperación de la memoria -del saber de dónde se viene, porqué hubo que venirse, quién se es- y por la tanto, la reformulación, la recreación de un nuevo proyecto vital, colectivo.

'Nuestra cultura es de solidaridad y es muy comunitaria. Aquí, (campamento de Pavarandó) a pesar de las enormes dificultades, nos hemos unido más. La humillación nos unió más... Sí aguantamos lo más, aguantemos lo menos para que volvamos a cosechar el fruto de nuestro trabajo'.

"... A los días de estar aquí llegaron otros desplazados a quienes les dimos agüita y albergamos en nuestros cambuches. Entre los desplazados que estamos aquí buscamos la forma de sobrevivir. Hay varios grupos porque cada comunidad trató de mantenerse unida, porque conocerse es una ventaja para tener confianza y ayudarse unos y otros."

Están aquí (los desplazados) reconociéndose en imágenes, identificándose en lo mejor. Están en proceso de formación de identidad. Esta formación de identidad recorre un camino tortuoso, muchas veces excluyente, que para transformarse en identidad nacional supone contar con un mínimo de unidad, también nacional.

Fernand Braudel al abordar el tema de la identidad en Francia propone: (la identidad es) "en suma, un residuo, una amalgama, adiciones, mezclas. Si se interrumpe, todo se derrumba. Una nación no puede existir sino al precio de cuestionarse ella misma, de transformarse en el sentido de su evolución lógica, de oponerse a otros sin desfallecer, de identificarse en lo mejor, en lo esencial de sí, consecuentemente en reconocerse en imágenes, en palabras del pasado portador de identidad. Reconocerse en mil preguntas, creencias, discursos amplios inconscientes, en oscuras influencias, ideologías, mitos, fantasmas.

"Para forjar su propia identidad hay que diferenciarse de los demás. Zambrano (1993) señala que forjar una imagen tiene como contraparte crear contra imágenes de los vecinos fronterizos. En el fondo, las relaciones entre las diversas identidades culturales va a ser un juego de imágenes y contraimágenes, que apoyan -y acrecientan la diversidad. Estas diversidades culturales van forjando las regiones y en medio de una guerra de imágenes se van creando, al mismo tiempo, las identidades locales y regionales y la identidad nacional".

Gracias a este juego de imágenes y contra-imágenes encontramos por ejemplo, la decisión de las comunidades desplazadas de diferenciarse de los actores armados, como también las imágenes proyectadas por cada actor armado de su adversario (enemigo) en términos de eliminación. Cuando una identidad (individual, sectorial, local o regional) se torna hegemónico y excluyente ha dado el paso necesario hacia las formas más insospechadas de violencia.

Otro elemento de particular interés tiene que ver con las "identidades en conflicto". Me refiero a los cambios (y permanencias) en la identidad tanto de las víctimas, como de los actores, violentos. A menudo las identidades se entrecruzan, se mezclan, se enfrentan, se contradicen:

"... uno quiere que los hijos estudien o trabajen, pero no los dejan, los amenazan y los quieren convertir en combatientes. En esta situación algunos se vuelven de cuenta de la guerrilla o de los paramilitares. Unos ven bien a los paramilitares, otros mal. Otros damos vueltas en la cabeza para saber qué es mejor: los paramilitares, la guerrilla o el ejército..."

La riqueza de este relato permite señalar algunos elementos:

- Las identidades (en estas zonas de conflicto) están condicionadas por los actores armados. No es posible la autonomía ni la libre determinación de cada persona o comunidad.
- La comunidad (o la familia) se fragmenta en bandos a favor o en contra de un determinado actor armado.
- Se pone en cuestión, se derrumba, la identidad propia que venía construyéndose. Hay que elegir "qué es mejor". La situación de violencia rompe el proceso personal y esto crea confusión "damos vueltas en la cabeza."
- Ahora, la nueva identidad, limitada pero real, está en función de la "personalidad" que se adquiere al involucrarse o pertenecer a la organización que mejor le brinde el poder necesario para sobrevivir, para sobreponerse, en el escenario en disputa.

Veamos otra narración:

"Lo sacaron del resguardo de Barranco, en el río Salaquí, cuando ocurrieron los bombardeos de Tamboral. Los militares lo utilizaron como guía... Regresó a la zona el 20 de mayo (1997), otra vez en helicóptero, pero uniformado y con fusil.

El se entregó a los soldados porque tenía problemas con las autoridades indígenas porque es el principal sospechoso de matar al hermano Jesús Asnel Casamá, en noviembre de 1996. Nos parece muy grave que el ejército lo haya recibido, porque así, al haber un indígena metido con armados, se rompe nuestra neutralidad y nos crea problemas con los otros actores del conflicto."

Aquí, el conflicto y la contradicción de identidades se da en el seno de una misma familia (grupo indígena). Uno de sus miembros asesina a su propio hermano, luego se involucro con uno de los actores armados y se presenta en su comunidad con su "nueva identidad".

Es propio de la actual desestructuración del conflicto armado, involucrar a los miembros de una misma familia o comunidad en bandos opuestos garantizando su seguridad personal a cambio de la eliminación de quien se le hace ver como su 'enemigo', así sea su propio padre o hermano. El desorden al que haré referencia en el siguiente capítulo constituye un elemento estratégico de esta guerra.

De esta forma, los actores despiertan reacciones de desconfianza entre la población (familia o comunidad). Desconfianzas que empiezan a crear temor entre la gente y que permiten un control de la población sobre cualquier posibilidad de acción colectiva, al tener consigo a uno de sus miembros.

La experiencia interior de hombres y mujeres: sus otros significantes

Pretendo observar el impacto personal del acontecimiento central. Morin encontró que "cada relato expresa una lectura crítica de una situación; una lectura determinada por un proyecto; y está construido con la ayuda de las significaciones adquiridas a través de la experiencia personal (interior)." Este aporte es particularmente importante al momento de leer los relatos de los hombres y los de las mujeres o las historias vividas y contadas por niños y por ancianos. En cada caso, su lectura crítica de la situación varía no sólo porque su proyecto vital es distinto, sino también porque el acontecimiento central impactó, en el interior de cada uno, de forma diferente.

"..Entonces la gente empezó a correr y a preguntar qué pasaba. Cada quien juntó a los suyos.. el cielo se oscureció con el humo de las bombas y del cielo llovían balas, los soldados se bajaban de los helicópteros fumigando (disparando). En la selva y en el monte hubo gente que quedó muerta porque se desmayó, se golpeó o se enfermó, pero no tuvo quien la auxiliara porque nadie miraba para atrás. Nuestra peregrinación fue muy larga; donde no había camino lo abríamos los hombres, a fuerza de machetes y con las manos ... hubo que volver a pelear con la selva ... Así nos alejamos y nos alejamos de la tierra, caminando hacía el Urabá antioqueño, pero sin saber a dónde íbamos a salir .. caminábamos sin sentido..."

El anterior relato dibuja el sentimiento de un aventurero y la lectura que hace de la situación está envuelta en un lenguaje poético, en la cuál él también es actor. La situación parece ser entendida como "un sin sentido".

"Es muy triste no tener derecho a ir al lugar donde estuve siempre, donde derramé el sudor de mi existencia. En esa finca viví desde los 17 hasta los 54 años. Crié a ocho hijos y los metía la escuela con lo que me daba la tierra ... Ahora estoy aquí en calidad de miserable, a la espera de un mercado o de un almuerzo, sin nada que hacer.. es más fuerte la rabia que produce esta humillación que siente uno como campesino honesto. Es una humillación a la que no veo nombre que ponerle".

Esta segunda historia denota claramente a una persona que ubica los espacios y los tiempos de los que cosecha su experiencia. Una persona que se valora como responsable y honesta y por lo mismo, el acontecimiento central le golpea en lo profundo de su honor, de su dignidad llevándolo a perder su autoestima, considerándose así mismo un miserable.

Para él, lo sucedido es significado como "humillación".

"Fue una madrugada de horror. A mi esposo se lo llevaron en pantaloneta, de camisa desabotonada y descalzo. Cuando salí de la casa y caminé hasta donde otros vecinos, escuché el llanto de la gente. En la cabecera de la carretera dejaron tirados los cadáveres de mi esposo y tres vecinos más. Luego pasaron a las parcelas del otro lado del río Currulao. Allá no hicieron tiros sino que mocharon las cabezas a dos hombres. Una la botaron... y los paramilitares jugaron fútbol con la cabeza de uno de los campesinos. Las familias se tuvieron que llevar los cuerpos como estaban".

La mujer de la historia anterior vincula su experiencia interior a una totalidad significativa más amplia: lo que pasó en las comunidades del frente. Es una forma de encontrarse con su propia realidad (el asesinato de su esposo) por medio de las imágenes de lo sucedido a sus vecinos. Nótese, además, la descripción exacta de las condiciones en las que fue llevado su esposo, allí fue donde quedó grabado el impacto del hecho violento. Su lectura crítica de la situación se califica como "una madrugada de horror".

De la misma forma, existen diferencias entre hombres y mujeres, respecto a la lógica social de sus vidas, que se evidencian en la manera como cuentan sus historias. Los hombres presentan sus historias de vida como una serie de actos conscientes o autoconscientes. Sus relatos, por lo general, involucran la secuencia de ocupaciones que han tenido; se presentan así mismo como actores:

"Llegué a trabajar a San José, al sector de la Unión, hace 19 años, procedente de Dabeiba. Me vine en un bus, con un pequeño bulto de ropa a la espalda. Unos amigos se habían venido adelante y mandaron razón de que todo el cañón de San José era muy bonito y fértil. Entonces arranqué para acá y luego vino mi padre. Siempre he sembrado maíz, yuca, plátanos y frijol..."

Las mujeres no insisten tanto en esto. Sus actos autoconscientes no son los que más les interesa. Por el contrario, hablan largo sobre su relación con tal o cual persona. Sus propias historias de vida incluirán parte de las historias de vida de otros; resaltan las relaciones que existían entre ellas y las personas próximas a ellas:

"Cuando ocurrieron los bombardeos llevaba seis meses de soledad y sufrimiento en Cañoseco porque no tenía marido ni trabajo. Pescaba y pisaba arroz donde me dejaran en busca de alimento para mis hijos Ana y Wilson. También para Luz Miriam, que tiene cinco meses de embarazo de un hombre que se fue. Por Antonio he sufrido mucho. A él, que fue mi segundo crío, le han tocado las duras y las horribles ... Mi mamá me hace falta y también mi hijo, siento un deseo inmenso de verlos. Son dos seres a los que quiero mucho..."

Dentro de mi interés de estudiar el conflicto actual en la región de Urabá reflejado en las imágenes e historias de la población desplazada, es particularmente importante comprender el comportamiento de los géneros como vectores de diferenciación en la vida, las relaciones, las identidades de estos hombres y mujeres expuestos a las experiencias de la violencia, el desarraigo y la reconstrucción de su entorno.

En una reciente investigación sobre "La mujer desplazada y la violencia" se nos advierte: "el género hace referencia a uno de los varios principios de estructuración de la desigualdad en la vida social, en este caso, a partir de las diferencias sexuales entre hombres y mujeres dando lugar a un sistema estereotipado y más o menos rígido de papeles sociales. En los escenarios de violencia, también ésta se expresa en los términos de género, desde la humillación del enemigo (hombre) mediante la violación sexual de sus mujeres hasta el sometimiento de la esposa o compañera mediante coacción física o económica".

La totalidad de narraciones sobre la violencia aquí presentadas, están construidas con imágenes de "hombres que guerrear, hombres que quitan la vida" como decía Simone de Beauvoir. Vale la pena recordar que el pasado, la experiencia personal, de la casi totalidad de mujeres que hoy se encuentran desplazadas, (y sobre todo las de esta región del Urabá chocoano) ha sido construido sobre un acumulado de significaciones culturales, sociales y simbólicas, producto de la composición familiar, de los procesos de colonización, de los procesos de construcción de unas 'identidades fuertes' que tenían que apelar a la disminución de un 'otro', considerado inferior y por tanto merecedor de la dominación.

Aunque la violencia ha tenido como blanco, principal, a los hombres, las mujeres han sido puestas en peligro de muerte permanente; entendiendo aquí por 'matar', como lo hace Foucault, el hecho de poner al otro en riesgo de muerte mediante la dominación o de privarlo de sus derechos mediante la exclusión.

No es mi propósito hacerlo aquí, pero varias lecturas de los relatos me sugieren la necesidad y la urgencia de indagar, en las violencias actuales, los componentes significantes de las relaciones intra e interfamiliares, en regiones de colonización y en situaciones (como la presente) de desestructuración de los conflictos, en los que miembros de una misma familia participan en diferentes grupos violentos, terminando por la vía de las lógicas internas (y arbitrarias de cada grupo), eliminado a sus propios hermanos o padres. La actual violencia en Urabá es un escenario 'rico' en este

tipo de estructuras significantes. Las consecuencias, el impacto, de ello no sólo es de gran trascendencia para la estructura familiar de las próximas generaciones, sino también para la sociedad en su conjunto.

Advierto que no estoy planteando un estudio de la violencia doméstica en la familia, que también existe y debería hacerse. Mi preocupación apunta a un vacío en la comprensión del conflicto violento actual: es necesario observar minuciosamente los cambios y permanencias en la identidad y en los lazos de pertenencia tanto de las víctimas como de los actores del conflicto y a través de ello analizar el tipo de sociedad que se está construyendo enmarcado en la violencia. En palabras de Pecaut: "comprobar que los modelos de interacción entre los actores de la violencia de los últimos años ha llegado a tener tal impacto en todos los niveles sociales, incluso el institucional, que la Colombia de hoy es el producto de una construcción social violenta".

Desde una perspectiva psicosocial y de recuperación emocional se ha comprobado que, "en la mujer desplazada recae, en la mayoría de los casos, todo el peso de la situación producida por la violencia y el desplazamiento. Muchas de ellas, viudas y con hijos pequeños, analfabetas o con muy poca escolaridad, tienen que asumir la responsabilidad de la crianza de los niños y conservar el núcleo familiar; es así como a las mujeres convertidas en grupos de familia llegan los demás familiares para que les brinde apoyo material y humano. Generalmente es en la mujer en quien se deposita la responsabilidad de sacar adelante proyectos comunitarios de diversa clase. En la población desplazada, hombres mujeres, niños y ancianos, la vivencia de la pérdida adquiere magnitudes reales y simbólicas, caracterizadas por la sumatoria de respuestas, sentimientos y conflictos que van más allá de lo que se observa antes situaciones comunes de estrés".

LOS USOS DEL MIEDO COMO ESTRATEGIA DE TERROR

El miedo juega un papel central en los éxodos, independiente de la forma que estos tomen; se trata de un sentimiento que se genera ante la percepción de un peligro real, supuesto o anticipado y que motiva respuestas diferentes, ya sea de aquietamiento, acción o huida. Así, podemos decir en principio que el desplazamiento se inscribe en las respuestas de huida: es una forma de evitar un peligro real o latente; se huye para salvar la vida. Las amenazas, los asesinatos, las torturas, la persecución, la extorsión, el secuestro, son las situaciones que las personas que se han desplazado describen para explicar su huida. Pero no todas estas "motivaciones" son tangibles y nombrables; también se aduce un "otros" entre los que el miedo ocupa un lugar relevante¹. En este sentido la Corte Constitucional colombiana, en respuesta a quienes rechazan las solicitudes de protección presentadas por personas que han sido forzosamente desplazadas por no presentar *razones objetivas y verificables*, ha propuesto entender por "personas desplazadas" no sólo a quienes han huido por una acción específica sino "en razón del riesgo que observan para su vida e integridad personal, peligro que se deriva de las amenazas directas que le son formuladas o de la percepción que desarrollan por los múltiples actos de violencia que tienen lugar en sus sitios de residencia" (Corte Constitucional, Sentencia SU 1150). En ambientes fuertemente marcados por el terror es entendible que el miedo sea un motivo de peso para justificar la huida.

Ahora bien, en el contexto del desplazamiento forzado es necesario entender que el miedo es parte constitutiva de las estrategias de terror empleados por los grupos armados para el control de la población. El miedo no sólo se siente, se usa como mecanismo de poder y subyugación de la población. En el encuentro que hemos tenido con población desplazada hemos podido constatar el peso del miedo en sus vidas y la forma como estos sentimientos va tomando forma a través de

¹ Según el informe del Comité Internacional de Cruz Roja de las personas asistidas, el 40% se desplazaron por amenazas de muerte, el 13 % por enfrentamientos entre actores armados, el 10% por ejecuciones, el 5% por la existencia de campos minados, el 5% por amenaza de reclutamiento forzado, el 3% por restricciones, el 3% por masacres, el 2% por desapariciones, el 6%, por otras razones. Esta gama de "motivos" da buena cuenta del complejo ambiente de miedo y terror en el que se desenvuelve la vida de gran parte de la población en nuestro país.

diversos rostros². El miedo a la muerte, el miedo al “Otro” e incluso el miedo a si mismo, a la propia palabra, a la memoria, resultan relevantes.

Las masacres ocupan un lugar central en las narrativas y en la memoria de las personas como un evento que, más allá de activar ese miedo histórico a la muerte, revela la vulnerabilidad y desprotección a la que han sido sometidas comunidades enteras en nuestro país. A esto se suma la muerte selectiva de familiares, amigos y vecinos con las que se anuncia también la proximidad del peligro. Muchas de las personas que han vivido el desplazamiento forzado han incorporado a sus recuerdos de vida no sólo la narración de eventos como estos sino, en suma, toda una memoria que nos habla de una casi inevitable proximidad de la muerte, de que “la muerte siempre nos ha perseguido”. El testimonio de Nury es bastante ilustrador. Ella es una mujer que llega como desplazada a Medellín proveniente de la región de Urabá en donde fue testigo de varios de los hechos más cruentos del conflicto armado en el país. Entre su memoria está la masacre ocurrida en la finca *La Chinita*³, donde ella vivía y de la que fue “testigo”. Era un día de fiesta “donde nadie iba a pensar que algo malo pudiera ocurrir”. No hacía mucho que había empezado el baile cuando a la tienda de su propiedad “fueron llegando ocho hombres muy raros, de poncho y pidieron ocho cervezas y luego arrancaron por la misma cuadra derecho”. Al rato empezó a escuchar una “plomera”. Después de terminada la balacera, volvieron a pasar por su tienda los hombres de poncho y pidieron unas cervezas. Le preguntaron que si había escuchado algo, pero ella se limitó a decirles que “no ha habido nada particular”. Pero apenas se marcharon, ella salió corriendo al lugar del baile para ver qué había pasado.

“Yo llegué y eso no se veía sino sangre por toda parte, yo nunca en los años que tengo había visto una multitud de muertos así, yo me metía por acá por este callejoncito y aquí habían por ahí siete, en una sola banca había dos así de pa’ trás, vea, ¡despedazados! y les pegaban en el pecho, eso era como un hueco, horrible, horrible, horrible, pero no me daba temor de nada sino de estar como viendo. Mire que a las ocho de la mañana empezó el levantamiento y eran las cuatro de la tarde y no habían acabado, como sería la cantidad de gente, eso había mejor dicho ley de toda parte, y yo me vine de allá, y los pelaítos: mamá, mamá, vámonos de por aquí”.

Crear un espacio de la muerte donde ésta sea sentida y presentida no sólo como hecho fisiológico sino como hecho social, es una de las principales estrategias de una cultura del terror. Nos hemos encontrado con muchos testimonios, como el de Nury, en el que pueden variar los autores o las circunstancias pero el impacto en sus vidas es muy similar. En el contexto de esta guerra, los grupos armados han hecho de la muerte, además de la mejor vía de confrontación del enemigo, una estrategia comunicativa del terror. Lo que se transmite con un asesinato a los demás, a los que están alrededor, a los familiares y vecinos, a los que miran a través de las puertas y ventanas o de la pantalla del televisor, es su proximidad. “Lo que le podría pasar también a ellos”. Este es el sentido y el propósito de las masacres realizadas por parte de guerrillas y autodefensas: generar “un terror paralizante duradero” que garantice el sometimiento de las poblaciones.

El **miedo al “Otro”**, también milenario, adquiere potencia en los mismos contextos. No hay guerra sin enemigos –reales o imaginarios– por lo que es necesario, si no existen, crearlos. Y una vez definidos alrededor de la amenaza que representan y se concretan en personas o grupos enteros, la promesa de su eliminación es alimentada y se constituye en elemento central de todas aquellas prácticas que hacen del miedo al “Otro” su condición de perpetuación. Pues bien, otro de los factores que motivan el desplazamiento forzado tiene que ver con lo que en términos generales se denominan “amenazas”, cuando esto se ve con más detalle se encuentra que muchas de estas tienen que ver con identidades imputadas por parte de los actores armados a personas o poblaciones enteras, al ser calificadas de simpatizantes o colaboradoras del enemigo, ya sea guerrilla,

² Tanto en la investigación sobre miedo y desplazamiento como en la que desarrollamos actualmente hemos construido diversos instrumentos metodológicos que pasan por la observación etnográfica, la realización de entrevistas y la realización de los talleres de memoria. Para estos últimos hemos retomado básicamente las propuestas construidas e implementadas por Pilar Riaño a lo largo de su trayectoria investigativa en los temas de memoria y violencia

³ La Chinita fue una invasión promovida por el EPL en Apartadó a comienzos de la década de 1990, en un momento de auge de movimientos de recuperadores de tierra y pobladores en Apartadó, Chigorodó y Turbo

paramilitares o el mismo ejército. Abelardo, un hombre que ha tenido como oficio desde niño la arriería, le tocó huir de su pequeña finca en el oriente antioqueño pues no aguantó las presiones y amenazas de los diferentes grupos armados. Para él es imposible hoy, en el campo colombiano, sustraerse a algún tipo de relación con los actores armados

“Es que ir a buscar una persona que porque un guerrillero pasó por su casa y le dieron agua o porque hizo una reunión en su casa, cuando el campesino lo que está allí es como quien dice atemorizado; llegue el que llegue, no le importa el que llegue, desde que lo vio con un arma está a la orden porque ya tengo miedo que me van a matar, y entonces les dice: ‘hagan lo que quieran, cómanse lo que quieran con tal de que no me maten’; no les preguntan ni siquiera ¿y ustedes de qué grupo son?”.

Estas sindicaciones ocurren en un contexto en el que, además, prevalecen algunos rasgos de una impronta cultural campesina como es la hospitalidad con el forastero (“dar de comer y beber al que pase o que llegue sin detenerse a averiguar quién es”) y en el que la posibilidad de identificar y diferenciar a los grupos armados no sólo por la similitud de sus discursos y prácticas sino por la movilidad de sus integrantes se ha hecho cada vez más borrosas; como lo dice Rosa:

“Si de pronto entró una persona y le pidió agua, uno no le pone cuidado quién es, sino que ahí hay un tanque y le dice: vea una tacita pa’ que bogue, porque por allá abundan mucho las canecas y unas mangueras largas; entonces esas canecas se mantienen así, afuera en el patio y uno mantiene una tasa ahí, porque como ese es el camino real y es en el campo... entonces allá uno no puede saber quién es el bueno, ni quién es el malo”.

El ejemplo de miembros de la guerrilla, muchas veces del mismo pueblo o vereda, que pasan a hacer parte de las filas de los paramilitares y desde esta nueva situación denuncian a quienes “colaboraron” con ésta es bastante frecuente. Esta situación saca a relucir otro elemento que hace parte del mismo ambiente en que hay unos usos del miedo frente al “Otro” y es el tema de la delación empleada como recurso no sólo por parte de los actores armados sino por la población en general: ante cualquier conflicto personal, basta informarlos ante guerrilleros, paramilitares o ejército para deshacerse de ellos. Varios de los testimonios que hemos escuchado coinciden en explicar el origen de estas amenazas en un conflicto familiar o vecinal en el que se “aprovechan” los contactos con cualquiera de los grupos armados para hacer acusaciones “falsas” que terminan en persecución. De este modo se expande la semilla de la desconfianza y la tendencia a ver enemigos por todas partes. Tal como afirma Todorov, la eficacia del terror se revela en la creencia generalizada en que la calidad del enemigo es una especie de enfermedad o maldición que se transmite de generación en generación, entre los amigos, la esposa o el marido de los enemigos. En este ambiente, cualquiera puede adquirir el rostro de enemigo y lo que prevalece es una mirada de todo “Otro” como amenazante, peligroso y portador del mal.

El efecto más evidente de este miedo centrado en el “Otro” es la desconfianza y, más temprano que tarde, la desestructuración del tejido social y el aislamiento. Este aislamiento no es únicamente efecto sino propósito del ejercicio del terror. Y basta conversar un par de minutos con personas que han vivido el desplazamiento para entender cómo esta guerra ha tocado las subjetividades y la vida colectiva: voces bajas, frases inconclusas, nerviosismo ante la mirada de cualquier conocido o desconocido, llantos de muerte reprimidos, desconfianza como consecuencia de que “las paredes oyen”, “los árboles escuchan” o de que “ver, oír y callar” es la única forma de garantizar, al menos, la sobrevivencia. El miedo a la palabra, a expresar lo que se siente, lo que se oye, lo que se ve, lo que se recuerda, lo que se piensa, es una de las implicaciones subjetivas y sociales más profundas y la que de mejor manera expresa la existencia de un ambiente de miedo que encuentra en el acto de comunicar y comunicarse con otros una amenaza directa a la vida. El silencio a la vez que es un mecanismo de defensa y conservación, se convierte en el principal mecanismo de propagación de la cultura del miedo. El terror produce individuos aislados entre sí o sólo unidos por la fuerza de las pasiones que, como el miedo, los aíslan, dificultando toda confianza y solidaridad.

Pero a pesar de la preponderancia del control y del terror, siempre quedan pequeños intersticios para responder, pequeños márgenes donde la gente lucha para no “morir de miedo”. A nuestro

modo de ver, el desplazamiento, en tanto huida, es una forma de responder al miedo, un recurso último del que se hace uso como única forma de proteger la vida y en cierto sentido también como una forma de resistir a la guerra. Son muchos los testimonios que hemos encontrado de mujeres que si bien reconocen no haber recibido amenazas directas contra la vida, sustentan su decisión de marcharse ante la presión que los diversos grupos armados ejercían para reclutar forzosamente a sus hijos; de jóvenes que por negarse a ese reclutamiento fueron convertidos en objetivo militar y por eso huyen; de hombres que se resisten a aceptar que su único destino posible fuera la subyugación a la voluntad de los armados. Tal y como lo expresa uno de los hombres asistentes a un taller:

“Nosotros nos desplazamos del campo a la ciudad porque no amamos la guerra, si amáramos la guerra habíamos podido lanzarnos a un grupo de esos, pero porque no amamos la guerra nos desplazamos”

O de María, quien reconoce no haberse desplazado, no por una amenaza directa sino por temor al reclutamiento de sus hijos

“Tengo seis hijos varones, y a mí me decía un comandante: seis hijos varones ¡uf! Buena gallada, tres para la guerra y tres para que la mantengan a usted. Yo decía: yo para la guerra no tuve ni uno, todos los tengo es para el bien, no para el mal”.

El desplazamiento forzado es también entonces una forma de resistencia a la guerra. Esto es importante recalcarlo en el sentido de que si bien ciertamente estamos ante víctimas del conflicto armado, no son personas desprovistas de capacidades y de agencia, el desplazamiento también pasa por su decisión, lo que obliga a distanciarnos de miradas que ponen a la población que ha vivido el desplazamiento en una situación de minusvalía individual, social y política desde la que se niega justamente cualquier posibilidad de ejercicio de la ciudadanía. Sobre esto ahondaremos en el siguiente punto.

El miedo, compañero de viaje

Decíamos en un comienzo que cuando hablamos de desplazamiento forzado hacemos referencia, no a un evento intempestivo sino a un proceso que va tomando formas y sentidos diferentes a través del tiempo. Si bien el desplazamiento es una respuesta al miedo no por ello este desaparece con la huida. Por el contrario, el miedo acompaña los trayectos que siguen para estas personas en lo que constituye un largo peregrinaje por hacerse, nuevamente, a un lugar en la sociedad. A su lado encontramos una serie de respuestas individuales y colectivas que nos permiten entender, entre otras cosas, los lugares por los que pasa para esta población, su reconocimiento social y político como ciudadanos.

Aunque muchos de los lugares de expulsión de la población son territorios con un alto valor económico y estratégico, la mayoría de estas personas provienen de una situación en la que predomina la exclusión, la pobreza y en muchos casos la miseria, en otras palabras, una vivencia de no ciudadanía y de estar al margen de la nación; además, muchos han pasado ya, en medio de la guerra que ha estado presente en el país por otros desplazamientos previos. Esto quiere decir que si bien el desplazamiento forzado se experimenta como una dolorosa experiencia de pérdida (de seres queridos, pertenencias, arraigos, reconocimiento, hábitos, lazos sociales, entre otros), desde el punto de vista de la inclusión social y la ciudadanía, es para muchos un evento que sencillamente profundiza una ya larga historia de violencias, exclusión, marginalidad y discriminación. Para otros sin embargo, es precisamente esta vivencia previa lo que hace que el desplazamiento signifique, con todo y la precariedad en la que viven, una oportunidad de participar de los supuestos beneficios del progreso (energía, teléfono, transporte público) o del acceso algunos servicios sociales (salud, educación) de los que carecen muchas regiones del campo colombiano. En cualquier caso se trata de una nueva experiencia en la que se ponen a prueba recursos individuales y colectivos con los que se intenta, unas veces de manera más afortunada que otras, ya sea recuperar lo que se tenía antes del desplazamiento o tener lo que nunca antes se había tenido; en otras palabras, rehacer la vida y hacer parte, como tantos otros, de la sociedad.

Después de un largo viaje desde sus lugares de origen, cargadas de dolor, incertidumbre y miedo, estas personas arriban generalmente a las ciudades muchas veces sin tener claro a dónde llegar y otras con algunas señas de familiares o amigos que habían llegado previamente, la mayoría de las veces en condiciones similares y que ahora engrosan las filas de los más pobres entre los pobres en la periferia urbana. Los relatos que estas personas realizan sobre este primer momento, que de alguna forma constituye una marca fundacional en ese punto del trayecto, dejan ver por un lado el dolor y el sufrimiento por lo que se ha dejado y por otro un miedo preponderante: **el miedo a enfrentar ese mundo desconocido**, al que se llega no sólo en una situación de absoluto despojo sino, la mayoría de las veces, sin ningún conocimiento. Es ahí cuando para adultos, niños y jóvenes, aparecen las imágenes de ese gran espacio inundado de luces, carros, gente y donde los peligros que parecieran propios del espacio urbano (según sus percepciones el raponeo, la drogadicción, la prostitución, la mendicidad) resultan avasallantes. Esto mismo explica por qué con el paso del tiempo, para las personas que logran tener un conocimiento básico de la ciudad, que aprenden a orientarse en ella (incluso a través de la práctica de la mendicidad) y a enfrentar los “peligros propios”, ésta resulta ser una de las más grandes conquistas⁴. Por el contrario, quienes no logran este aprestamiento, la sensación de estancamiento y de no pertenencia es cada vez mayor y este miedo persiste⁵.

Por eso, mientras para unos la memoria de ese hito del inicio está ligado a la calle, a la soledad, a la mendicidad, a la sensación de estar perdidos, para otros lo que prevalece es el recuerdo de la solidaridad de amigos y parientes que, aun en condiciones precarias, les ofrecieron orientación, techo, comida, en fin, todo un acervo de recomendaciones y saberes necesarios –que van desde los lugares y recorridos más productivos para la mendicidad hasta la gestión de recursos con instituciones públicas y privadas y la exigencia política y jurídica de sus derechos– para aprehender no sólo su espacio sino, ante todo, las leyes implícitas de sobrevivencia urbana.

Muchas de estas personas pasan a ser ocupantes de hecho de ranchos que, a pesar de sus precarias condiciones, son un primer paso para hacerse a un lugar en la ciudad⁶. Para que esto ocurra, es necesario la mediación de familiares, vecinos, líderes sociales o políticos, muchas veces también entremezclados con poderes armados, que venden lotes piratas, ceden terrenos antes invadidos o animan la toma de hecho de terrenos baldíos, algo muy similar a lo ocurrido en los años sesenta en ésta y otras ciudades de América Latina. Ahora como antes tener un rancho así sea en la periferia y ser parte de una colectividad (barrio, asentamiento) constituye un motivo de lucha por hacerse visible y tener algún tipo de existencia social. Si bien las políticas públicas sobre desplazamiento forzado hablan de la reubicación en una nueva localidad como alternativa para el restablecimiento de la población, lo que ocurre en realidad es que, ante la inoperancia de estas políticas, las personas optan por esta reubicación, la mayoría de veces sin mediación institucional y fuertemente motivados por los lazos familiares o de compadrazgo que se constituyen en el principal recurso con que cuentan. Se trata pues, de una medida de hecho y mediante la cual podría hablarse, como en los años sesenta, de una nueva colonización urbana

⁴ Es posible reconstruir en este sentido una serie de “manuales”, que son construidos con base en las experiencias propias y de los saberes transmitidos por otras personas sobre las formas de enfrentar las amenazas y los miedos: recorrer la ciudad con atención para aprenderla, salir acompañado de otras personas que ya conocen la ciudad, evitar pasar por lugares, calles y barrios señalados como peligrosos o con una clara presencia de actores armados, nunca ir a un lugar donde no haya alguien que lo conozca.

⁵ Es importante tener presente que se trata de tendencias que adquieren pesos específicos de acuerdo con la edad, el género e incluso la procedencia. En este caso por ejemplo, es para las mujeres más jóvenes, para los chicos y las chicas, que la ciudad aparece como una posibilidad de conquista. Por el contrario, para los hombres y mujeres mayores el miedo a no saber orientarse, a perderse, a no conocer la gente ni ser conocido es preponderante y ocasiona una especie de confinamiento en los asentamientos donde viven.

⁶ En una encuesta realizada por la Red de Solidaridad Social en el 2003 con una muestra de 2.041 personas desplazadas sobre su situación de vivienda se encontró que el 24% eran ocupantes de hecho, el 17% eran propietarios, el 11% vivían en casa de un familiar, el 34% en arriendo, el 8% habitaban en casa de un amigo, el 5% en albergue temporal y el 1% en usufructo. En ciudades como Medellín la cifra de ocupantes de hecho sin embargo asciende al 66% de una muestra de 284 personas.

Es allí, en los asentamientos periféricos, donde se actualiza un miedo ya conocido: **el temor a que se repitan las historias de muerte y persecución** que los acompañan, a que sea imposible huir de la sombra de la guerra. Contrario a lo ocurrido en los años sesenta cuando la ciudad se convirtió en refugio de una oleada de inmigrantes que llegaron huyendo de otra violencia, aquella desatada por una confrontación entre los partidos políticos tradicionales (Liberal y Conservador) y cuyo escenario principal también fue el campo colombiano, ahora, en esta nueva forma de migración forzada, la ciudad ya no representa un lugar de refugio y protección para buena parte de esta población. Como hemos dicho, es ya larga la historia de conflictividad armada en muchas de las ciudades colombianas, de las que han participado de manera indiferenciada bandas ligadas al narcotráfico, bandas de delincuencia organizada, milicias independientes, milicias ligadas a organizaciones guerrilleras, paramilitares y pequeñas agrupaciones de autodefensa barrial, entre otros, con un claro componente de control territorial. En los últimos años este elemento se ha acentuado gracias a la disputa de grupos armados ilegales, guerrilla y paramilitares, por el control de sectores estratégicos de la ciudad. Aunque en ciudades como Medellín esta confrontación ha tenido lugar en vastos sectores de la ciudad, entre los que se ubican sectores populares pero también sectores de clase media, lo más común es que esto ocurra en barrios populares y en sectores periféricos, donde justamente llega a asentarse la población desplazada, provocando en algunos casos nuevos desplazamientos. Así, esa historia de control, de persecución y de muerte que se creía haber dejado atrás vuelve a actualizarse cuestionando, desde la vivencia de algunos, un viejo dicho fundante de la teoría de la ciudad y lo urbano: la ciudad te hace libre. En este caso, si bien tener un lugar de vivienda es fundamental para el arraigo y la pertenencia también representa, para algunos, otras amenazas.

De nuevo aquí encontramos matices dados por el género: si bien hombres y mujeres comparten el miedo a un nuevo desplazamiento y en cierto sentido reconocen que la “sombra de la guerra” los acompaña también en la ciudad, este temor se acentúa entre los hombres, quienes viven con el temor de ser señalados o reclutados por los actores armados, en virtud de lo cual se sienten más desprotegidos y de alguna manera limitados para la reconstrucción de sus proyectos de vida. Para las mujeres, los miedos se ubican más en el mundo doméstico, y están relacionados con los abusos que vecinos o personas desconocidas puedan cometer contra sus hijos, con su reclutamiento por los actores armados presentes en los asentamientos, la pérdida de sus viviendas, o la desintegración de la familia

Ante esta situación una respuesta ya probada es huir nuevamente, ya sea dentro de la ciudad, hacia otras localidades, o incluso a sus lugares de origen muy a pesar del riesgo que supone, pues la mayoría de las veces las condiciones que generaron la expulsión siguen intactas. Aunque no existen cifras en este sentido, hemos podido constatar en nuestro trabajo que hay un alto nivel de movilidad de esta población con lo que podríamos deducir que el peregrinaje generado por el desplazamiento rara vez tiene fin.

Otra respuesta es la del **ocultamiento**, la de aprovechar el anonimato que ofrece la ciudad y no revelar de ningún modo ni la procedencia ni las circunstancias que provocaron su llegada a la ciudad. Ser, simplemente, otro pobre más. Esto tiene sentido como una forma de protegerse de los actores armados y también de los estigmas construidos por la sociedad sobre esta población, relacionados en buena medida, con la forma como su presencia ha activado miedos que van desde su papel en la detonación de la guerra en un lugar que se creía distante de ella (la ciudad) hasta la exacerbación de los problemas ya existentes: la pobreza, la inseguridad, el desempleo, la prostitución. En efecto, las sociedades receptoras resaltan de la población que ha llegado a la ciudad en situación de desplazamiento su peligrosidad o bien su condición de víctimas en el sentido de minusvalía social; en uno y otro caso, características que la hacen un “otro”, que no hace parte del “nosotros ciudad”, “nosotros incluidos”, “nosotros ciudadanos”. Esto explica por qué para una parte de la población desplazada su ideal de reconocimiento e inclusión es que “no nos discriminen por ser desplazados”, “que no nos traten mal por lo que hemos vivido”, “que nos traten como ciudadanos y no como desplazados”; por el contrario otros ven en este reconocimiento como “desplazados” una clara reivindicación social y política.

En contextos de extrema pobreza en los que por lo general se inserta esta población, **los temores relacionados simplemente con no poder sobrevivir** acompañan el día a día: no tener empleo, alimentos básicos, acceso a los servicios primarios de salud, una vivienda digna o recursos con qué garantizar la educación de los hijos son motivo de gran angustia. Y en este caso la estrategia de ocultamiento ya no sirve. Por el contrario, **es necesario hacerse visibles**, ya sea conmoviendo la solidaridad o la caridad o mediante acciones reivindicativas orientadas al reclamo de derechos. Esto se hace dentro de ciertos marcos institucionales y sociales, veamos:

Desde la constatación de que las personas que han vivido el desplazamiento no son una comunidad homogénea, esto es, son una población que comparte el dolor, la pérdida, el desarraigo y quizás los temores y la incertidumbre, pero no un origen, una cultura, una creencia religiosa o una adscripción política, tendríamos que referirnos al desplazamiento como una situación y no como una identidad. Es decir, el desplazamiento no es lo que las personas son, es la situación en la que se encuentran, una situación que alude al origen forzado e involuntario de la migración, a las múltiples pérdidas y a sus efectos en cuanto a unas condiciones materiales, sociales y subjetivas. Por tanto, como situación, puede y debe superarse. Sin embargo, para las personas que han vivido el desplazamiento el uso de esta identidad se ha convertido en otra de las estrategias de supervivencia y se corresponde con los requerimientos sociales e institucionales que se les ha planteado para poder ser reconocidos en su situación.

Según la Ley 388, una persona desplazada es la que:

“Se ha visto forzada a migrar dentro del territorio nacional abandonando su localidad de residencia o actividades económicas habituales, porque su vida, su integridad física, su seguridad o libertad personales han sido vulneradas o se encuentran directamente amenazadas, con ocasión de cualquiera de las siguientes situaciones: Conflicto armado interno, disturbios y tensiones interiores, violencia generalizada, violaciones masivas de los derechos humanos, infracciones al derecho internacional humanitario u otras circunstancias emanadas de las situaciones anteriores que pueden alterar o alterar drásticamente el orden público” (Colombia, Congreso de la República, Ley 387 de 1997).

Esta Ley ha creado una serie de medidas encaminadas a prevenir la ocurrencia de estos fenómenos, a atender humanitariamente esta población y a procurar su restablecimiento ya sea retornando a su lugar de origen o en una nueva localidad. Para que esto sea posible, se ha creado el Sistema Nacional de Atención a la Población Desplazada (Snapd) que inicia con un procedimiento aparentemente simple pero con hondas implicaciones para la población: incluirla en el Sistema Único de Registro (SUR) para lo cual las personas deben declarar ante un organismo público lo que les ha sucedido; después de esto un funcionario de Acción Social, que es quien coordina todo el Sistema de atención, evalúa su declaración y decide si efectivamente su testimonio se adapta a los parámetros planteados por el sistema y entonces puede ser reconocido como “desplazado” y puede acceder al sistema de protección; o si no los cumple, entonces desde el Estado no tiene tal reconocimiento⁷.

Para las personas en situación de desplazamiento forzado “estar en el registro” es casi el único instrumento con el que cuentan para acceder a programas que ha creado el Estado colombiano para la atención de esta población; por eso, dicen ellos: “en algunos casos es más importante que la cédula de ciudadanía”. De ahí que, aunque no sea el espíritu de la ley, en este primer momento de la declaración, no se trata sólo de contar lo que les ha sucedido sino de convencer al funcionario que lo que dice corresponde con “la verdad”. En nuestro acercamiento a las percepciones que los funcionarios tienen con respecto a esta población, encontramos que aquí se presenta uno de

⁷ El Sistema Único de Registro estipula las clasificaciones de Incluido, No incluido, Cesado o Excluido para la valoración de las declaraciones que deben ser presentadas ante un ente público (RSS, 2004, 2-3). Esto es importante en el sentido de que las estadísticas que producen los organismos oficiales se hacen sobre la base de la población “incluida” lo que pasa por una valoración del funcionario y no estrictamente por la vivencia del fenómeno. El promedio de personas excluidas gira en torno al 27% y en algunas zonas como el Chocó alcanza el 80% (Codhes, 2004, 16)

los puntos más críticos de lo que han denominado “la ruta de acceso” al Sistema de Atención, puesto que depende casi en su totalidad de la valoración subjetiva que el funcionario haga de la declaración y posteriormente, de las interpretaciones que los demás hacen de su situación, incluso cuando ya han sido formalmente incluidos en el Registro Único⁸.

Por tanto, asumirse como desplazados es, al mismo tiempo, la descripción de una situación límite que habla de la expulsión y de los múltiples despojos a los que han sido sometidos, la adopción de una identidad que hace parte central de las estrategias de sobrevivencia y la lucha por el acceso a los más elementales derechos como víctimas del desplazamiento forzado, pero sobre todo, como ciudadanos. En otras palabras identificarse como “desplazado”, y no como hombre, mujer, joven, negro, indígena, creyente, habitante de una localidad o militante de tal o cual causa, entre otros, como suelen ser los motivos de agregación y construcción de identidades sociales y colectivas para otros sujetos y grupos humanos, constituye la principal y casi única carta de presentación y representación en la sociedad. Se trata entonces de recursos empleados de acuerdo con las circunstancias: identificarse como desplazado para acceder a una serie de recursos institucionales o para movilizar la solidaridad social, ocultar esta condición, por temor a seguir siendo perseguidos por los grupos armados que produjeron su expulsión o a la estigmatización de la sociedad receptora.

Finalmente, y aunque la lista de los miedos que cotidianamente enfrenta esta población en su lucha diaria por hacerse a un lugar en la ciudad, podría ser larga, quiero referirme a la preponderancia de un sentimiento que si bien no constituye un miedo concreto, hace parte de este “clima de miedos” que resulta de la suma y superposición de todos ellos: la incertidumbre. Como lo ha señalado Norbert Lechner, la incertidumbre nace de la toma de conciencia sobre la discontinuidad entre el presente y el futuro; de la imposibilidad de prever, desde lo familiar, cotidiano y conocido, lo que puede ser el mañana. Si bien en la ruptura del hilo que une pasado-presente-futuro se sitúan gran parte de los miedos sociales característicos de nuestra época, en el caso de la población desplazada adquiere un matiz radical: se trata, en primer lugar, de la conciencia de la pérdida de control sobre la vida ejemplificado en un pasado en el que la decisión de huir no fue voluntaria y en un presente en el que, para simplemente sobrevivir, se depende casi totalmente de las ayudas de otros (ya sea bajo la forma de solidaridad social, de apoyo institucional o de fuerzas divinas) y no del propio autosostenimiento, en suma, un presente marcado por la exclusión, el no reconocimiento y la no autodeterminación; y, segundo, de la pérdida de sentido e inteligibilidad sobre su historia a partir del desplazamiento forzado: no hay claridad sobre lo ocurrido, sobre los responsables de su situación y por eso también el pasado inspira temor, de él afloran dolores, culpas y silencios que no han sido reconocidos aun como parte de una narrativa social y de la memoria colectiva. No sólo entonces incertidumbre sobre el futuro, también sobre el hoy y el ayer; el trayecto y el proyecto de la vida requieren ser resignificados.

SALUD MENTAL COMUNITARIA.

"Esto es el bombardeo de mi ciudad. La barca del padre de mi amigo fue quemada totalmente, la única cosa que quedó fue la hélice. La terrible guerra en 1991 ha destruido todo. La ciudad fue atacada desde el aire, desde el mar y desde tierra. Mi ciudad estaba sin vida".

Estas palabras acompañan a su dibujo. Para Mato, un niño de 9 años de Dobrodnikc, la destrucción de la ciudad es un símbolo de la destrucción de la vida. Las situaciones de catástrofe colectiva y emergencia social, alteran de una manera muy profunda la vida de la gente. Se producen muchas pérdidas materiales y humanas, pero también cambios sociales y culturales profundos. Por ejemplo, la pérdida de la tierra en comunidades campesinas no sólo supone perder su medio de subsistencia y su estatus social, sino que tiene su impacto en la propia identidad de la gente y

⁸ La representación de las personas desplazadas bajo el vértice de “los verdaderos” o “los falsos desplazados” es una de las más recurrentes tanto entre los funcionarios como entre la sociedad receptora. Algo similar hemos encontrado en Ecuador y Canadá relacionado con la aplicación y uso del sistema de refugio.

problemas de desarraigo cultural. En general estas pérdidas conllevan un empeoramiento de las condiciones de vida, que muchas veces se desarrollaba ya en condiciones de pobreza y precariedad. La pobreza provoca desastres y los desastres exacerban la pobreza, aumentando las situaciones de marginación social.

Por su parte, el desplazamiento de la población o la desorganización forzada de una comunidad a causa de la guerra, conllevan una ruptura de los tejidos y relaciones sociales. Cuando las poblaciones se desplazan, las familias y los grupos de referencia se separan. Los cambios en la estructura social pueden incluir desde la pérdida de servicios y formas tradicionales de organización, a la creación de nuevas formas de organización social forzadas por la situación. Por ejemplo, en el caso de las poblaciones refugiadas, la vida en los campamentos puede implicar cambios en el modo de vida, como estar sometido a nuevas formas de autoridad, y convivencia involuntaria con otros grupos étnicos. Sobre todo en las poblaciones deben dejar su país, o se encuentran bajo situaciones de amenaza, pueden darse cambios culturales como pérdida de símbolos, tradiciones, ritos o incluso el ocultamiento de la propia identidad.

Todos estos efectos colectivos muestran el impacto en la salud mental comunitaria, afectando las relaciones sociales. Experiencias traumáticas individuales pueden afectar también a la familia y colectividad. Por ejemplo, el abuso sexual y la violación pueden producir no sólo la vivencia de humillación o vergüenza, sino que también constituyen frecuentemente un estigma social y causan a las personas dificultades para mantener relaciones sexuales y confiar en el otro sexo. Las mujeres pueden perder su confianza en los demás, su sentido de seguridad y muchas veces la aceptación social.

Determinados indicadores sociales, tales como los conflictos familiares o grupales, las dificultades escolares, las agresiones y el abuso de drogas o alcohol, pueden considerarse indicadores de comunidades en dificultad. Por otro lado, la presencia de rituales positivos tales como la ceremonia de la cosecha o la conmemoración del nacimiento de una comunidad, (como en el caso de refugiados guatemaltecos en México) son signos afirmación de la identidad y bienestar comunitario. Es más, enfrentados a situaciones límite, hay personas y grupos que reaccionan aumentando su cohesión, como una forma de defensa frente al sufrimiento y la desestructuración social. Muchas veces la gente saca a relucir recursos insospechados o se replantean su existencia de cara a un horizonte nuevo, más realista y humanizador.

En el caso de los desastres naturales, Fritz describe también cómo pueden tener efectos constructivos sobre el sistema social. La comunalidad del peligro, la claridad sobre la necesidad de acciones reparadoras comunes y las interrupciones del status quo, se combinan para eliminar las diferencias de estatus y promover el cambio y la solidaridad en la comunidad. Estas fuerzas unificantes de la fase post-desastre facilitan un efecto ampliado de rebote, en el que la comunidad reconstruida puede superar los niveles pre-desastre de integración, productividad equidad social y la capacidad para el crecimiento. Sin embargo, en otros muchos casos, las dificultades de la reconstrucción social después de un desastre en condiciones de pobreza, pueden suponer nuevas experiencias traumáticas y desesperanza respecto al futuro.

Salud mental y derechos humanos

Muchas de las consecuencias de estas catástrofes colectivas responden a los mecanismos de control social que se han utilizado de una forma deliberada. La violación de los derechos humanos es utilizada como estrategia de control social en muchos países. Ya sea en las situaciones de guerra abierta, o en el caso de regímenes autoritarios que utilizan la represión generalizada como un instrumento de control político, la sociedad entera se ve afectada. La violación de los derechos humanos constituye no sólo una consecuencia del enfrentamiento, sino un objetivo político.

«Renamo capturó una mujer anciana que estaba intentando escapar. Fue llevada delante de nuestro grupo que nos estábamos entrenando. El líder de Renamo apuntó a Manuel y le ordenó que la

matara. Él agarró la bayoneta y se la clavó en el estómago. El líder le mandó entonces que le cortara la cabeza. Lo hizo y ellos dijeron que tenía coraje y nombraron como jefe de nuestro grupo».

Este ejemplo atroz, relatado por un niño-soldado de Mozambique pone de manifiesto hasta donde la guerra promueve la deshumanización, utilizando mecanismos deliberados como el entrenamiento en la conformidad. En esos contextos, se produce frecuentemente un refuerzo de creencia en la superioridad de un grupo sobre otro, promoviendo enfrentamiento entre personas o grupos que en muchas ocasiones nunca basaron sus relaciones en un pretendido componente étnico, como en el caso de la Ex-Yugoslavia. La rigidez ideológica y absolutización de criterios valorativos y esquemas de interpretación de la realidad, es alimentada por las exigencias de disciplina y lealtad propias de las organizaciones militares. La insensibilidad frente al sufrimiento, el oportunismo, y el desprecio por la vida, suponen una normalización de la violencia y un cambio de valores asociados al escepticismo y la desesperanza.

La propia dinámica de la guerra conlleva agresividad que puede ser física, verbal y propagandística. En esos casos, la violencia física en relaciones personales y sociales, puede incluir aquellas cuyo contenido no está asociado a la guerra, como conflictos familiares o comunitarios.

A su vez, la violencia se usa también como una forma de degradar la dignidad de la gente, como en el caso de la violación y la tortura. La violación forma parte de la maquinaria de la guerra, las agresiones sexuales a las mujeres delante de sus familias son frecuentes durante las guerras, como una forma de desmoralizar al enemigo como un todo. Los piratas tailandeses violaron intencionalmente a las mujeres vietnamitas delante de sus familias para asegurar la humillación de todos. Un equipo de investigadores de la Unión Europea que visitó la Ex-Yugoslavia en diciembre de 1992, llegó a la conclusión de que muchísimas mujeres y adolescentes bosnias habían sido violadas en Bosnia-Herzegovina como parte de una campaña sistemática para sembrar el terror.

Además de la humillación personal y el ostracismo familiar que sufre la mujer, los esposos, hermanos y padres pueden a la vez sentirse impotentes y responsables por la violación de su familiar. Mientras los hombres y las mujeres que sean heridos o asesinados se les considera «héroes» o «mártires», no hay un estatus similar asignado a las mujeres violadas, por lo que se puede decir que es más deshumanizante violar que matar. Como ocurre en los casos de las personas desaparecidas, el sufrimiento de la persona y la familia no puede ser validado.

Esas experiencias traumáticas de persecución, tortura o muerte producen sentimientos de odio manifestando un elemento de vengatividad reactiva y de aspiraciones de justicia que son en muchos casos enteramente legítimas. Pero el odio también es utilizado como arma política amparándose frecuentemente en pretendidas razones de seguridad («nosotros o ellos»).

En los contextos de represión política la violencia tiene el objetivo de producir terror. Mientras la violencia misma producir la eliminación física de las personas que constituyen el blanco directo de sus acciones su carácter aterrador tiende a paralizar a todos aquellos que puedan sentirse identificados con algún aspecto de la víctimas. Para Bettelheim esta irracionalidad aparente de la represión oculta una racionalidad muy clara de hacer visible la amenaza para todos los sectores de oposición.

Como consecuencia, para no ponerse en peligro, las personas adoptan en muchas ocasiones una actitud de silencio y pasividad incluso cuando observan hechos con los que no están de acuerdo. Esto aumenta el conformismo y puede provocar un cuestionamiento de la identidad.

Pero la cuestión de los derechos humanos no sólo se plantea en los contextos de guerra. El respeto a los derechos humanos es un indicador de salud mental, pero también una exigencia para la propia ayuda humanitaria. Según Brody muchos de los programas de ayuda para los refugiados en el país de asilo se desarrollan de una manera autoritaria, en la cual los refugiados son recluidos y mantenidos en una situación de dependencia económica, lo cual aumenta, en vez de aliviar los efectos de los acontecimientos experimentados previamente.

Evolución y cambios en los efectos

Muchas de las reacciones y efectos que presentan las poblaciones afectadas, a menudo se describen en términos de síntomas o problemas psicológicos, pero pueden ser reacciones normales frente a situaciones anormales. Esto no significa negar los problemas, sino que muestra que no se puede reducir la experiencia de las personas a un conjunto de síntomas.

Durante una situación de emergencia la cuestión fundamental es proteger la vida, movilizar la energía y focalizar la atención frente al estresor. Predomina entonces un estado de alerta y un comportamiento reactivo de huida o lucha.

Inmediatamente después, las personas que han vivido un hecho traumático pueden manifestar problemas psicosomáticos, recuerdos repetitivos o pesadillas, aunque puede predominar una sensación de impotencia o conmoción emocional. En esta fase se pueden alternar memorias recurrentes con períodos de evitación extrema del tema. Dependiendo del mantenimiento o no de la situación, las personas pueden ir poco a poco superándolos en el plazo de unos meses. Sin embargo, puede haber personas que se encuentren más afectadas y manifiesten problemas en un plazo más largo como ya hemos visto al hablar de la salud mental individual.

En muchos países las personas tienen que enfrentar experiencias traumáticas frecuentes. El trauma de los refugiados en Camboya no sólo es el resultado de la guerra en el país, sino de la falta de alimentación, agua, refugio e incluso los bombardeos en los propios campamentos. En muchos países en los que se desarrolla la ayuda humanitaria, la gente ha nacido y crecido en medio de catástrofes sociopolíticas que han marcado sus vidas, desde los aspectos macrosociales hasta las dimensiones más íntimas. En estas situaciones existen distintas experiencias traumáticas que se asocian, y potencian sus efectos. También puede existir un cierto «acostumbramiento» a determinadas experiencias continuas o secuenciales como un mecanismo de adaptación.

En otras ocasiones, el hecho de haber pasado la experiencia más extrema, no conlleva necesariamente la superación de los problemas. Hauff y Vaglum entrevistaron refugiados vietnamitas que se reubicaron en Noruega, a su llegada al país y tres años después, pero no encontraron una disminución del estrés psicológico.

Los principales factores que contribuían al malestar se referían a las experiencias en su país de origen (tales como las experiencias de guerra, el encarcelamiento, el peligro antes de la huida o la separación de la familia) y a los acontecimientos negativos en Noruega (desempleo, cambios de ciudad), falta de un confidente y la separación familiar crónica.

Sin embargo, a pesar de todas las dificultades, la mayoría de sobrevivientes de hechos traumáticos, incluyendo traumas sociopolíticos extremos como los campos de concentración, pueden encontrarse bien adaptados años después.

Diferentes experiencias de las poblaciones afectadas

Hasta ahora hemos hablado de efectos individuales y sociales en general. Sin embargo, los efectos pueden ser distintos según el grupo de edad, género, situación social o las características de los hechos vividos.

Los niños y niñas, además de sufrir sus propias experiencias traumáticas, son especialmente sensibles a desorganización familiar y a los efectos de la guerra y represión política en sus padres. En Mozambique, por ejemplo, los niños huérfanos a causa de la guerra tenían apatía, regresión, retiro y miedo. Muchos de los hijos de personas que han sido torturadas o desaparecidas han manifestado problemas afectivos, de apetito y sueño, retraso escolar o evasión de la realidad. Los niños reclutados en los conflictos armados son separados de sus familias, no tienen acceso a las escuelas y carecen de oportunidades de formación. La coerción para asesinar o mutilar a sus víctimas, que forma muchas veces parte de su entrenamiento militar, tiene como resultado la des-

trucción de parte de su desarrollo moral y social. La experiencia de los niños en procesos de socialización bélica hace que su comportamiento esté determinado por la posesión de las armas y el poder de amenazar a los demás.

Sin embargo, los niños con adecuado soporte social y familiar, tienen menos problemas y síntomas a corto plazo aun cuando se enfrentan a situaciones de alto estrés. Punamaki ha subrayado que los niños no son sólo «víctimas inocentes» y en algunos países como Palestina, han encontrado también formas activas de afrontamiento y resistencia. Sin embargo, incluso en esos casos pueden producirse conductas de inhibición y manifestaciones de tensión emocional y miedo (pesadillas, rechazo al alimento, retroceso psicomotor o no querer separarse de la madre). En la experiencia del refugio, el miedo en los niños puede continuar incluso mucho tiempo después o aumentar cuando se habla de retorno al país, como sucedió en el caso de las comunidades mayas refugiadas en México.

En el caso de las poblaciones refugiadas durante varios años, especialmente la población adolescente se enfrenta a la construcción de su identidad en un contexto transcultural. En contextos de guerra, la construcción de la identidad de los adolescentes se ve mediatizada además por patrones colectivos de identificación o rechazo a la violencia y el reclutamiento. Según la gravedad del contexto, los adolescentes pueden manifestar distinta frecuencia de problemas como agresión, abuso de alcohol y suicidio.

Los patrones de distribución del trabajo, la ocurrencia de eventos específicos o las capacidades de adaptación, pueden hacer que se manifiesten distintos efectos en la población adulta. Las mujeres están más expuestas a la violación, a sobrecargas de trabajo y afectivas, especialmente cuando tienen que hacerse cargo solas de la familia, y tienen menos espacios sociales para participar. En los campamentos en Hong-Kong, las mujeres se mostraban ansiosas, deprimidas y con pocas expectativas de futuro. Las mujeres con niños además estaban preocupadas por cómo los niños vivían la experiencia de los campos de detención.

Pero en algunos contextos las mujeres pueden incluso enfrentar mejor la situación centrándose en las tareas cotidianas. Sin embargo, los hombres pueden sufrir más la militarización o la crisis de su rol en la familia, pero tienen mayor reconocimiento y participación social. Según un estudio en Sarajevo, la mayoría de las admisiones psiquiátricas antes de la guerra correspondían a mujeres, mientras que posteriormente el 70% correspondían a hombres jóvenes entre 25-44 años, sobre todo por trastornos de estrés. Muchas mujeres dijeron que se sentirían más preparadas si podrían hacer algo para enfrentar los hechos y dar sentido a su experiencia en vez de estar esquivando el impacto de los tiroteos. Según Ceric, «si tú estás con los niños, preparando alimentos con nada, buscando agua, calentando sin gas ni electricidad, no tienes tiempo para los nervios».

Los ancianos son físicamente menos hábiles, tienen en general menos capacidad de adaptación a situaciones nuevas y que cambian rápidamente, y para ellos puede ser más difícil vivir lejos de su hogar. La pérdida de amigos o familia puede afectarles más debido a su mayor dependencia respecto a la familia y comunidad para tener apoyo. Sin embargo, la posición social del anciano varía en distintas culturas y contextos sociales, por lo que las consecuencias pueden ir desde la marginación hasta la protección como autoridad. La experiencia vital de los ancianos que han vivido otras experiencias de catástrofe o guerra, puede ser incluso un factor de protección.

Las personas con graves problemas físicos o enfermedad mental son muy vulnerables a las condiciones de desorganización social, que incluyen la pérdida de sistemas de apoyo comunitarios o servicios de salud. Por ejemplo en Bosnia, las dificultades por parte de las familias para cuidar a las personas con problemas de salud mental como hacían habitualmente, conllevó a la institucionalización de muchas personas en condiciones precarias debido a ausencia de medios. Además, vivir situaciones de tensión o cambio brusco puede provocar crisis que empeoren su condición o les pongan en peligro.

Después de haber visto distintas experiencias de las poblaciones afectadas, nos vamos a referir a continuación a las formas más habituales de afrontar los desastres y crisis violentas. Básicamente nos vamos a centrar en tres aspectos: los procesos de duelo, las formas de afrontar hechos traumáticos y el apoyo social.

Los procesos de duelo

"Me puse triste y hasta la fecha lloro por mi hijo, porque era mi único hijo y ahora nomasito estoy sola, no duermo, vivo triste por él, porque perder un ser querido es duro y doloroso y nadie nos llena el vacío, sólo Dios. Nosotros vivimos como traumatados, a veces disimulamos nos reímos, pero nuestras almas están heridas porque perdimos seres queridos y eso es duro".

Las situaciones de catástrofe colectiva, producen muchas pérdidas humanas, materiales y culturales. ¿Cómo afronta la gente esas pérdidas y cómo pueden los cooperantes comprender y ayudar en ese proceso? En términos psicológicos la forma en cómo las personas hacen frente a las pérdidas se llama proceso de duelo. Diferentes autores han hecho referencia a un proceso de etapas a la hora de afrontar el duelo: negación, cólera, negociación, depresión y aceptación.

La realización del duelo llevaría entre año y medio y dos años y alrededor de 3-5. Existe controversia tanto sobre el tiempo como sobre las fases. Silver & Wortman encontraron que sólo un 30% seguía un proceso fásico, la mitad de las personas afrontaban lo ocurrido sin pasar por todas las fases, otras personas expresaban un duelo crónico o postergado.

Esas diferencias son personales pero también culturales. En algunos lugares de Mozambique, por ejemplo, las personas hablan y recuerdan a sus muertos durante algunos meses después de los cuales no se habla más de ellos. Sin embargo en algunas culturas indígenas del continente americano, no se concibe la muerte como una ausencia de vida, y la relación con los antepasados forma parte de la cotidianidad. Las personas que trabajan en la ayuda humanitaria tienen que tener en cuenta estas cuestiones para no ofender a la gente ni entrar en conflicto con la comunidad.

En los casos de emergencias y catástrofes es muy frecuente que estos procesos de duelo se encuentren alterados por el carácter masivo, súbito y brutal de las muertes con una falta de atribución de sentido, un sentimiento de impotencia, miedo y aislamiento de los supervivientes. Además, la propia situación de emergencia, la guerra o el contexto social represivo pueden impedir la realización de ceremonias, el reconocimiento público de los hechos y la dignificación de las víctimas. En otros casos, la situación de incertidumbre que experimentan muchos supervivientes sobre el destino de sus familiares (como en el caso de las desapariciones forzadas) pueden dejar una huella permanentemente abierta.

El proceso del duelo conlleva tareas complejas que adquieren sentido dentro de su propio marco cultural. Desde el punto de vista psicológico. Las claves para enfrentar los procesos de duelo parecen ser: aceptación de la pérdida con realización de rituales y ceremonias; la expresión emocional sobre la persona y la situación traumática; la adaptación a la nueva situación, afrontando el cambio de roles familiares, del sentido del mundo o de la propia identidad; reubicar emocionalmente a las personas muertas, estableciendo los vínculos con los que murieron y las relaciones con otras personas.

Es frecuente que encontremos en los supervivientes distintas reacciones que pueden ser normales y no deben considerarse como patológicas si no subsisten por mucho tiempo: negar que haya muerto; tratar de olvidar lo sucedido; tristeza y dolor profundos; ansiedad; cólera, rabia; pensar repetidamente en la persona muerta; tener pesadillas; sentimiento de impotencia; no querer comer, etc. Las personas implicadas en la ayuda humanitaria deben ser sensibles a estos problemas, entender y aceptar, como respuestas normales y no patológicas, las reacciones de la gente. Pero también deben aprender a reconocer a las personas que necesitan más apoyo, como son: las que no pueden hablar de la persona sin sentir una gran tristeza incluso mucho tiempo des-

pués; las que se sienten siempre enfermas; no ven sentido a la vida; las que presentan reacciones auto-destructivas; y alcoholismo.

El afrontamiento de hechos traumáticos

Cuando la gente se encuentra frente a experiencias traumáticas, desarrolla maneras de enfrentar (coping) los sucesos estresantes, percibidos como peligrosos y desafiantes. Las principales funciones del afrontamiento, según Laux y Weber son resolver el problema, regular las emociones, proteger la autoestima y manejar las interacciones sociales.

El afrontamiento incluye tanto procesos cognitivos y emocionales Como conductas de resolución de problemas. Los procesos cognitivos son formas de pensar en el problema como hacer planes para solucionarlo, minimizarlo o buscarle significado, etc. A nivel emocional, las personas pueden compartir sus experiencias, relajarse, suprimir los sentimientos, etc. El afrontamiento conductual se refiere a lo que la gente hace para enfrentar el problema, como la búsqueda de información o apoyo material, la pasividad, etc. Estas tres categorías no se excluyen mutuamente. Por ejemplo, hablar y compartir las experiencias implica a la vez una conducta para buscar a otras personas, una expresión emocional de sentimientos y a nivel cognitivo, una búsqueda de sentido a la experiencia.

Un mismo mecanismo de afrontamiento (coping) puede ser positivo o negativo dependiendo del contexto, la percepción de la persona y las características individuales. La desconfianza puede ser adaptativa en un medio hostil como es una detención, pero en contextos menos violentos puede ser un obstáculo para obtener ayuda. Suprimir los sentimientos o tratar de no pensar en un hecho, puede ayudar en medio de una tarea o una catástrofe a ponerse a salvo y ayudar a los demás. Teter describe que entre los mecanismos de afrontamiento de un grupo de supervivientes de la catástrofe nuclear de Chernobil estaban el no querer tener más información ni hablar sobre las consecuencias de la catástrofe, como una forma de protegerse de la incertidumbre sobre los efectos a medio o largo plazo, una situación de pasividad, desesperanza y uso del alcohol.

Sin embargo, las personas que después de mucho tiempo continúan suprimiendo sus sentimientos, además de hacer un esfuerzo que tiene resultados estresantes, pueden bloquear las expresiones de afecto o tener problemas como pensamientos intrusivos o pesadillas. Según Pennebaker cuando la inhibición se utiliza de forma habitual, se convierte en una forma de pensamiento de bajo nivel, muchas veces automática y no consciente. El caso extremo de este pensamiento bajo sería el uso de drogas o alcohol para evitar pensar o sentir. El pensamiento de nivel alto en cambio permite considerar la complejidad del problema y ser más consciente de los hechos y las propias capacidades. Aunque el grado de control del estresor pueda ser pequeño, será una ventaja darse cuenta de las distintas facetas, el contexto y las posibilidades de pedir ayuda.

Según otras investigaciones, las personas que acentúan la parte positiva como el valor de las cosas aprendidas, el sentido de sacrificio o lucha, etc., pueden encontrarse mejor que las personas que se aíslan o se culpabilizan. Aspectos ideológicos o religiosos pueden ser utilizados, a nivel colectivo e individual, como formas de afrontamiento o factores protectores frente a los estresores. Otras investigaciones distinguen entre afrontamiento pasivo y activo. Tradicionalmente se ha afirmado que las estrategias activas eran más eficaces. Sin embargo, Díaz Guerrero ha encontrado que en México por ejemplo, adoptar una actitud menos activa a nivel expresivo puede ser una estrategia mejor que la confrontación. Scott plantea que cuando no puede desarrollarse una confrontación directa debido a una posición de debilidad o dependencia, las personas desarrollan otras estrategias de oposición. En sus investigaciones sobre los mecanismos de adaptación a las condiciones de trabajo en las fincas de terratenientes, encontró que los campesinos hacían el trabajo más lentamente, hablaban entre ellos del problema sin darse a notar o incluían en sus mitos y celebraciones formas de ridiculización de los patrones. En muchas situaciones de represión política, cárcel o tortura, las víctimas también desarrollan sus propios mecanismos de adaptación y defensa que son activos aunque no lo parezcan.

Apoyo social y redes sociales

Después, poco a poco, nos fuimos alejando nosotros. Es como cuando a los animales se les separa de las madres. Al principio se pasa a que mamen cuatro veces al día. Al de pocos días se pasa a tres. Y luego se va quitando así, hasta que se separa del todo. Ellos querían que les acompañáramos cada noche, pero nosotros no teníamos mucho tiempo y tampoco está bien porque se acostumbran. Entonces fuimos haciendo así, hasta que cobraron fuerza moral.

Las catástrofes son experiencias colectivas que llevan a buscar y proporcionar apoyo social, primero entre las personas afectadas y luego buscando otras fuentes de ayuda. Este apoyo social puede ser informativo, emocional, instrumental-material y de relaciones sociales. El apoyo no consiste tanto en la mera existencia de una red objetiva de relaciones sociales, sino en que esa red sea funcional y percibida por las personas como una fuente de apoyo y comprensión. La mera presencia de ayuda humanitaria no significa que la gente perciba que sus necesidades son tenidas en cuenta o tenga confianza en ella.

A nivel interpersonal, compartir las experiencias es una forma de enfrentar los hechos traumáticos ya que contribuye a validar, reconocer, entender y darles un significado. Las personas que no comparten con otros su recuerdo de un hecho negativo presentan más problemas de salud física y mental. Tener una pareja que había vivido la misma experiencia y un alto nivel de compartir y hablar sobre sí mismo eran dos factores asociados a un mejor ajuste psicológico en sobrevivientes de campos de concentración. Aunque las personas que han vivido experiencias similares pueden tener mayor capacidad de comprensión, también puede ser difícil que se apoyen por tener distintos ritmos y estilos de duelo.

Sin embargo, compartir no siempre disminuye la tensión. Cuando el estresor está presente, el compartir las experiencias también puede reforzar la rumiación y contribuir a la difusión de rumores. En las situaciones difíciles las personas tienen necesidad de compartir las noticias negativas y esto puede llevar a la amplificación y distorsión de la realidad.

El apoyo social es muy importante para enfrentar los hechos traumáticos y situaciones difíciles, pero pueden existir dificultades para obtenerlo. Para las personas cercanas puede ser difícil escuchar, ya que el compartir experiencias con personas depresivas puede inducir un estado de ánimo negativo. Otras veces, las otras personas no saben qué decir, evitan hablar o esperan que la víctima tome la iniciativa. Un grupo de sobrevivientes del Holocausto explicaron que no habían compartido su experiencia por proteger al otro, porque no se entendería su experiencia o porque era muy doloroso recordar los hechos y preferían olvidarlos.

Aunque las situaciones de catástrofe social producen disgregación de las redes sociales, en muchas de las situaciones de crisis las propias poblaciones afectadas desarrollan formas de apoyo mutuo, tanto material como emocional. Las formas de apoyo mutuo, la organización de las comunidades y la defensa de los derechos humanos, constituyen formas de afrontamiento colectivas. Incluso el sufrimiento puede convertirse en experiencias organizativas y movimientos de apoyo mutuo y reivindicación social, como en el caso de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo y las Asociaciones de Familiares de Desaparecidos en muchos países de América Latina. Estas experiencias constituyen formas colectivas de enfrentar las consecuencias de los hechos traumáticos, de reconstruir los tejidos sociales y de luchar contra las causas del sufrimiento.

ACTIVIDAD PROPUESTA

Actividad 1: Analizando una historia.

Hicieron desaparecer al compañero de María hace unos meses. Al principio ella estuvo muy preocupada porque creía que él la había dejado, hasta que la dijeron que se lo llevaron hombres fuertemente armados. María lo buscó por todas partes, preguntando en las aldeas, en los cuerpos de seguridad y lo denunció a los grupos de derechos humanos. María tiene tres hijos pequeños y en

casa trata de que no se le note que está mal. Sólo cuando se queda sola llora. Desde que desaparecieron a su compañero ha dejado las responsabilidades que tenía en la comunidad. Con su familia apenas ha hablado de todo esto ... Tú que eres su amigo/a, ¿cómo tratarías de ayudarlo?

Trabajo personal:

Reflexiona sobre la siguiente historia y describe las distintas formas en que puedes dar apoyo a María. Teniendo en cuenta lo que has leído hasta ahora sobre las repercusiones psicosociales del conflicto y sus efectos en las personas acompañadas,

- ¿Qué tipo de apoyos crees que necesitarías tú como acompañante en esta situación?
- ¿Qué sentido tiene para ti el acompañamiento desde esta perspectiva?
- ¿Qué efectos crees que puede tener en tí vivir y trabajar con personas como María